



# La Tía Moni

Texto: Pilar Esteban Ruiz



Se ha escrito mucho sobre las fuerzas terrestres que recorren mi ciudad. Hay editados libros, monografías y cientos de artículos sobre esto. Escritores de renombre mundial señalan a Jaén como un lugar mágico, ancestral y de fuerzas telúricas.

Sus dotes de adivinación eran conocidos en toda la ciudad, era una fuente increíble de predicciones; no necesitaba conjuros, ni hechizos mágicos, ni fórmulas magistrales para dar con la solución a muchos problemas que le planteaban en su habitación mágica. Desde que nació ya era especial, se daba cuenta del dolor de los demás, y hacía lo que estuviera en sus manos para calmarlo e incluso erradicarlo por completo. Todo el mundo la conocía como: «La tía Moni».

Mónica nació en el seno de una familia de clase media. Su casa estaba en la Plaza de la Magdalena, frente a la iglesia y al lado del raudal del mismo nombre, en la parte más antigua de la ciudad.

Su padre —poseedor del mismo don— fue quién le proporcionó libros de esoterismo y poderes mágicos, para que entendiese que lo que ella sentía y podía hacer era un regalo; no un estigma, ni nada malo, ni algo maldito como había sucedido a lo largo de la historia. Creció valorando lo positivo de ser bendecida para poder ayudar a los demás, lo asumió de manera natural.

Él trabajaba en una botica, le enseñó mil fórmulas para curar ciertas patologías. Ella había sido agradecida con el don de curar el dolor, el poder de la intuición y muchas dosis de lo que conocemos como psicoterapia. Desde pequeña, había experimentado con gatos y perros del barrio. En una ocasión encontró un cacho-

ro con una pata rota y convenció a una amiga para ir a la carpintería a pedir trocitos de madera plana. Con ellos pudieron entabillar aquella pequeña patita, el animal se curó perfectamente.

Estudió enfermería, quería hacer el bien a toda persona que la necesitara.

Recibía la visita de muchos vecinos. Su habitación mágica no era como se puede ver en películas: con telas de diferentes colores, figuras de calaveras, brujas, serpientes o demonios, ni tan siquiera una bola de cristal. La tía Moni no necesitaba nada de eso. Sencillamente era la sala de estar de la casa. Contaba —a quienes le daban confianza— que allí irradiaba una energía desde el fondo de la tierra que era curativa, sabía que su habitación era un santuario, porque por debajo, pasaba el raudal de agua que recorre el subsuelo de la zona, sabía del poder curativo del agua.

Ella solo imponía las manos en el lugar de donde procedía el dolor —a veces no coincidía con el sitio que refería el paciente— les rociaba con agua del raudal y rezaba una oración para sí misma. Hacía de canal entre las fuerzas de la naturaleza y la persona enferma. No cobraba por ello, no quería que se llegara a decir que su don era para hacer negocio.

Se hizo muy popular después de la visita de Rocio, la hermana del reverendo de la iglesia de La Merced. La hija pequeña de Rocio, de tan solo tres años, llevaba una semana sin poder comer, todo lo que comía le sentaba mal, lo vomitaba. Al llegar a casa de la tía Moni, ella miró a la niña y le dijo a su madre que la llevara urgentemente al hospital, el dolor de aquella pequeña lo causaba una pancreatitis. El doctor de urgencias, confirmó aquel



Imagen cedida por Juan Manuel Higuera

diagnóstico y a las tres horas de ingresar la habían operado.

No solo detectaba el dolor, además daba consejos sobre cómo enfocar problemas, o advertía si se estaba recibiendo energía negativa, destructiva, para que en la medida de lo posible se dejara de tener contacto con esas personas, dejases a un lado ese tipo de relaciones. Todo se cumplía, era realmente excepcional.

Un día frío de invierno invitó a merendar a su sobrino Arturo.

—Tengo que contarte algo, Arturo, estoy débil, cansada, estoy perdiendo el poder curativo. Tú también lo tienes, es hora de que empieces a utilizarlo, te enseñaré todo lo que sé, cómo a mí me enseñó mi padre, y tú harás el resto.

—¿Es un don?— le preguntó impresionado.

—¿Te acuerdas cuando salvaste a aquel pajarito que todos pensaban que estaba

muerto? Ahí, en ese momento comprendí que eras mi relevo.

—Después de aquello nadie habló conmigo, no sabía qué hacer— Le dijo.

—Eras demasiado pequeño, no tengas miedo. Ha llegado la hora de saber canalizar esa energía. Te enseñaré todo para no perder este privilegio concedido a la familia. Té daré mis libros, tienes que leerlos para entender lo que te sucede. Cuando los leas, investigará por tu cuenta, puedes hacerlo en el antiguo Hospital San Juan de Dios, allí se encuentra el Instituto de Estudios Gienenses, lugar de custodia de libros antiquísimos, donde vienen explicados los lugares más mágicos de la ciudad; también los hay de autores contemporáneos, que

recogen estos sitios en parte de su obra. Aprenderás cada lugar mágico de la provincia, sitios donde se manifiestan las fuerzas de la naturaleza. Tendrás que ir des-

cribiéndolos por ti mismo y mantener el secreto. Vivirás en esta casa, es parte importante de nuestro don. Cada vez que sanamos a otros, nuestro cuerpo se va debilitando, impidiendo desarrollar bien nuestra función. La debilidad es la señal, deberás dar el relevo a alguien de nosotros. No te preocupes, se acercará a ti y lo sabrás, como a mí me pasó contigo.

La tía Moni era mi abuela, Arturo mi tío.

Hoy me ha llamado—al teléfono móvil— mi tío Arturo. Me ha preguntado si recordaba cómo sané a mi cobaya “Palas”, estaba perdiendo visión y mi madre me dijo que la diera muchas zanahorias, que eran muy buenas en vitamina A. Yo, la sacaba de su jaula, la levantaba hasta la altura de mis ojos, la miraba fijamente y le decía: «Mírame, te voy a curar»

Nos hemos reído mucho. Me ha invitado a merendar.